

# Cuadernos del Sur

---

Año 14 - N° 27

Octubre de 1998

Tierra  fuego

# El impacto de la crisis en la política local

**L**as aguas políticas locales se enturbiaron sensiblemente desde la relativa calma que habían alcanzado hace un año. A mediados de 1997, en efecto, las perspectivas de reconstrucción del bipartidismo, es decir, de un régimen de dominación democrático-parlamentario sustentado en un monolítico consenso alrededor de los pilares de la reestructuración capitalista, permitían augurar un pacífico recambio de administraciones para 1999. La crisis de la administración justicialista, abierta a mediados de 1996 y alimentada durante un año a fuerza de cortes de ruta, puebladas, paros generales y movilizaciones de masas desde abajo y de disputas interburguesas y planteos corporativos desde arriba, parecía encontrar una salida. La formación de la Alianza y las propias elecciones legislativas de octubre parecían prefigurar esa salida: un recambio pacífico de administradores para que nada cambie.

Es cierto que la reconstrucción del bipartidismo aún debía salvar algunos escollos hasta desembocar en las elecciones presidenciales. Sin embargo, en un marco de relativo reflujo de las luchas sociales, esos escollos podían salvarse mediante disputas intestinas en las cúpulas del PJ y la Alianza. Las extorsiones mutuas entre menemistas y duhaldistas (*show* de la reelección y plebiscitos) y las mutuas presiones entre frepasistas y radicales (*show* de las campañas porteñas y las denuncias de corrupción) podían así usurpar los noticieros y la primera plana de los periódicos durante meses... Porque sea como fuere podía contarse con que, si este *show* llegaba a mayores, allí estarían los guardianes nativos y foráneos del orden para poner las cosas en su lugar.

Pero las aguas comenzaron a enturbiarse en secreto, en vertientes distantes, justo cuando parecían calmarse. Pocos se alarmaron cuando, precisamente a mediados de 1997, un conjunto de monedas asiáticas se devaluaron inmersas en crisis de balances de pagos. Eran las monedas de unos dragones asiáticos que, meses antes, había reivindicado como modelos un inoportuno visitante argentino. Eran además monedas sobrevaluadas, ligadas a canastas de divisas dominadas por un dólar que venía revaluándose. “Nosotros cumplimos al pie de la letra con los deberes fiscales y monetarios fondomonetaristas” —se apuraron a diferenciar-

se entonces los voceros del menemismo. "Nosotros somos confiables: la crisis no pasará" —insistieron.

La nueva crisis se asemejaba, hasta ese momento, a la mexicana de fines de 1994-95. A mediados de 1997, la economía argentina recién se encontraba superando las dramáticas secuelas de aquella crisis: el producto se había recuperado y el desempleo empezaba a mostrar cierto retroceso. La nueva crisis amenazaba entonces con frenar este repunte y volver a descalabrar la economía.

La respuesta menemista consistió en distinguir —hasta donde era razonable y mucho más allá de ese límite— entre ambas coyunturas. La caída de la bolsa porteña era apenas un caso de histeria contagiosa que pronto retrocedería ante la evidente buena salud de la economía argentina. El peso convertible no era como el bath, el ringgit o la rupia, no, sino una especie de argentino de oro redivivo que resistiría la tormenta y saldría indemne... repitieron nuestros fetichistas del dinero.

A su manera, el discurso menemista acertaba: ambas coyunturas son efectivamente distintas. Pero esta diferencia apenas si radica en las mayores reservas y nuevas garantías que ahora respaldan al peso convertible. Se debe más bien a que la profundidad y la extensión que está adquiriendo esta crisis a escala mundial —y sus consecuencias para las economías periféricas— supera con creces a la mexicana.

Las sacudidas bursátiles transmitidas a través de las principales plazas financieras de la región —Hong Kong y Singapur— culminaron en octubre con un nuevo *lunes negro* para los calendarios de Wall Street. Las bolsas no volverían a recuperar la calma hasta nuestros días. Pero esto era y sigue siendo, apenas, la faceta más histriónica de la crisis. En noviembre Corea y Japón —onceava y segunda potencias industriales del mundo— entraron en una abierta crisis de sobreinversión y derrumbe de rentabilidades. La economía japonesa, en recesión durante los noventa, se posicionaba así en el puesto que le correspondía: en el centro de la región asiática y por consiguiente en el epicentro de la crisis. La quiebra de grandes corporaciones y de entidades financieras vinculadas se hizo noticia cotidiana. La fuga de capitales dejó atrás a una región asiática hundida en una recesión prolongada que amenaza convertirse en una suerte de reedición de la crisis latinoamericana de la deuda. El FMI y otros organismos internacionales comenzaron a revisar sus pronósticos sobre la marcha de la economía mundial en su conjunto.

La sombra de una nueva gran depresión viene rondando, cada vez más cerca, los distintos pronósticos: caída en los precios de las materias pri-

mas y los productos semielaborados, destrucción masiva de capitales ficticios, quiebras de grandes inversores. La corporeidad de esa sombra dependerá, en buena medida, de la performance de la economía norteamericana. Pero sea como sea, aquí y ahora, importa más bien rendir cuenta de los efectos actuales de la crisis en la economía y la política argentinas.

Los países periféricos —en particular aquellos de desarrollo medio y receptores de capitales paradójicamente denominados *emergentes*— se vieron envueltos en la crisis de inmediato. A varias economías del este europeo se sumaron enseguida la rusa y las principales economías latinoamericanas —la brasileña, la venezolana, y en menor medida las mexicana y chilena— en una vorágine de huida de capitales y presiones devaluatorias. Una vorágine desencadenada, además, ante la vista de unos organismos financieros internacionales exhaustos después de sus masivas —aunque poco exitosas— intervenciones en el sudeste asiático y en Rusia y cada vez más incapaces de comandar la crisis.

El buen alumno argentino no puede escapar a esta vorágine —más aún: es ridícula la sola pretensión de que así sea. La caída de precios internacionales de las *commodities*, la pérdida de competitividad externa de las exportaciones dolarizadas combinada con el abaratamiento de las importaciones provenientes de países con divisas devaluadas, más una tendencia hacia el encarecimiento del crédito derivada del reflujo de los capitales hacia posiciones más seguras, son todos elementos que vienen prefigurando un profundo descalabro del balance de pagos para cuando se retire el colchón brasilero.

En medio de estas enturbiadas aguas deberá desarrollarse, desde ahora, el recambio de administradores. Las consecuencias inmediatas de este enrarecimiento del escenario económico sobre el proceso político en cuestión distan de ser obvias: recuérdese aquí que Menem resultó fortalecido y salió reelecto de la crisis mexicana, al igual que Carduso de la crisis presente. Esto no implica necesariamente una nueva ofensiva reeleccionista de un menemismo que, tras una década en el gobierno, parece cada vez más disfuncional respecto de la consecución de la reestructuración capitalista en curso —es decir, las llamadas *reformas de segunda generación*. Implica más bien que la crisis puede acarrear una consolidación, una suerte de reforzamiento de emergencia, del consenso de los partidos burgueses alrededor de los pilares de la reestructuración menemista, facilitando así a corto plazo la marcha hacia un recambio pacífico de administraciones.

Pero, a mediano plazo, semejante situación puede conducir a una curiosa paradoja: que precisamente cuando termine de consolidarse un ré-

gimen bipartidista alrededor del *modelo*, el *modelo* devenga económica y/o políticamente insostenible. Por su propia naturaleza (patrón-dólar, desregulación, apertura externa), es extremadamente sensible a los avatares de la crisis mundial y sólo puede enfrentarlos de manera recesiva y deflacionaria. La desaceleración del crecimiento, la revisión de inversiones planeadas, el estancamiento del consumo y el repunte de los índices de desempleo ya se pusieron en marcha. La deflación en los precios y la caída de los salarios nominales serían los próximos pasos. ¿Qué magnitud de ajuste será suficiente para poner a salvo el *modelo* cuando la crisis alcance su punto culminante? ¿Qué solidez requerirá el régimen de partidos para implementarlo?

Los ajustes recesivos y deflacionarios parecen ir acompañados a su vez por un recrudecimiento de las luchas sociales —como igualmente sucedió cuando se hicieron presentes las consecuencias del ajuste posterior a la crisis mexicana— poniendo a el orden del día la necesidad de una opción política autónoma de los trabajadores y el conjunto de los explotados y oprimidos para enfrentar la crisis. Las movilizaciones que acompañaron la reciente votación de la ley de flexibilización laboral, en sus desesperados intentos de presionar a los bloques de los partidos burgueses para que restaran quórum, son la expresión más reciente de un vacío político donde amenaza hundirse la resistencia popular a las consecuencias del ajuste cuando éstas se hagan presentes en toda su crudeza. ¿Tendremos nosotros la capacidad de forjar, colectivamente, una opción política que articule las nuevas luchas sociales que se avecinan?

*Alberto Bonnet*

Buenos Aires, septiembre 1998